

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el

paso de Doña Cecilia, y estaban disponiéndose para el combate.

En aquel momento se presentó frente al reducto español, el teniente coronel Medina, campechano, á intimar rendicion de parte de Santa-Anna.

Don Luis Vazquez que defendia el punto, y que era uno de los militares mas pundonorosos y valientes que fueron en la expedicion, recibió al comisionado, y despues de enterarse de la mision que llevaba, le contestó:

—Decidle á vuestro general que yo no entrego el depósito que se me confia, que venga él á tomarlo.

El oficial mexicano se retiró á su campamento, y Vazquez se ocupó en seguida en dar algunas instrucciones ó los oficiales, con respecto á la vigilancia que era preciso guardar al frente de un enemigo resuelto y numeroso.

La órden comunicada en aquel mismo instante, para que todo soldado, sin distincion, se retirase al puesto que le pertenecia, obligó á Ramirez y á su contrario á

suspender el duelo, aplazándolo para mas tarde.

La noche estaba negra y pavorosa, como el pensamiento del impío.

La luna que se habia presentado á las primeras horas resplandeciente y nítida, acababa de velar su misteriosa faz entre negros y sombríos nubarrones.

En medio de las sombras, se destacaba imponente, como un gigante misterioso, el reducto de la Barra, que tenia la figura de un tambor, circunvalado de una estacada gruesa y alta, que se levantaba en el centro de dos fosos. Su posicion defendia la márgen izquierda del rio, la embocadura de la mar, y toda la parte de la campiña oriental de Doña Cecilia.

Los centinelas, colocados en el fortin, se paseaban silenciosos, como vagarosos fantasmas, dirijiendo su mirada hácia el sitio por donde podria acercarse el enemigo, pero sin que descubriesen mas que espesas nubes.

Todo parecia participar del aspecto lá-

gubre que presentaba el cielo, en cuya inmensa extension no brillaba una estrella.

El viento mismo se habia ocultado en los senos de los mares, para negar á la tierra la vida que con su soplo le presta.

Todo yacía en la mas completa calma.

No se escuchaba ni el mas ligero ruido.

El fortin de la Barra semejaba el lúgubre mausoléo de algun héroe, custodiado por marmóreas estátuas que se movian á impulsos de algun resorte.

De repente se vieron dos bultos cruzar las sombras con el mayor sigilo.

Poco despues, pasaron otros dos, siguiendo la misma direccion.

Los primeros hicieron alto donde creyeron estar á cubierto de la mirada de los centinelas.

Los segundos llegaron á poco, y se detuvieron en el mismo sitio.

Reunidos los cuatro, hablaron algunas palabras.

En seguida dos se hicieron á un lado, y los otros dos se colocaron uno enfrente del otro.

Poco despues se vieron relucir dos espadas, y se oyó el ruido de sus hojas que se chocaban con una fuerza y rapidez inauditas.

De repente se oyó un tiro disparado por el centinela.

En seguida se oyó otro, y otro.

Los combatientes suspendieron sus espadas, sorprendidos por aquellos disparos de fusil.

El grito de *¡d las armas!* pronunciado en el fortin por multitud de voces, acabó por interrumpir aquel duelo.

—Ramirez—dijo acercándose uno de los que se habian hecho á un lado durante la lucha—el enemigo se acerca.

—Sí: y á ese enemigo es preciso combatir antes que á los otros; la patria es antes que nuestras pasiones; la defensa de la honra nacional, antes que la defensa de nuestras preocupaciones—contestó Ramirez.—Aplacemos, pues, nuestro duelo, si mi contrario quiere, para despues de rechazar al enemigo, y luego podremos dar fin á nuestra cuestion particular.

—Accedo.

Respondió su contrario.

—Gracias:—repuso Ramirez dándole la mano—veo que participa vd. de sentimientos nobles y elevados. Adios; hasta despues del combate.

—Adios.

Y el sobrino de D. Andrés, y el que le habia servido de padrino, se dirijieron adonde estaban sus compañeros de armas.

Igual cosa hicieron los otros dos cadetes, y pronto estuvieron dispuestos á recibir á sus contrarios, que avanzaban con un denuedo que excede á toda ponderacion.

La luna que habia estado largo rato velada por espesos nubarrones, se dejó ver en aquel instante blanca y melancólica, como la lámpara de los sepuleros.

¡Cuántos de los valientes que iban á perder la vida en aquel encuentro, presagiarían, al contemplar el tibio resplandor con que se presentaba, que salia para manifestarse por la última vez á sus ojos!

Los tiernos recuerdos y las memorias intimas que despierta en el alma ese astro benéfico que parece velar los destinos del

género humano, nadie es capaz de valorizarlos ni de describirlos.

¿Qué persona en esos instantes supremos en que el hombre en toda la plenitud de su salud ve la muerte al lado de su vida, el mundo á un paso de la eternidad, no lee en los tibios rayos del astro misterioso de la noche, la historia de sus pasados goces y la tristeza de su soledad presente? ¿Qué individuo llevado por la suerte á extranjero suelo, no recuerda al fijar sus ojos en el plateado disco de la luna, su amada patria, y le consagra alguna lágrima? ¿Qué padre ausente no trae á la memoria las caricias de sus queridos hijos y el cariño de su mujer? ¿Qué buen hijo los cuidados y atenciones de su amorosa madre?

Entre los guerreros de ambos lados habia padres, esposos, hijos y extranjeros, y era preciso que al ver en aquellos solemnes instantes presentarse la luna sobre el terreno en que iban á abrirse para ellos millares de tumbas, consagrasen en el fondo de su alma, un recuerdo á los objetos que formaban las delicias de su existencia.

Sin embargo, aunque esto pasase en el corazón de los mas, en el rostro de todos brillaba el placer, el desprecio á la muerte, y el olvido á cuanto en la tierra pudiera ligarlos.

De repente rompieron el fuego sobre el fortin dos lanchas mandadas por el coronel mexicano Don Nicolás Acosta, al mismo tiempo que la columna de ataque, á las órdenes de D. Pedro Lemus, avanzaba intrépida por otro lado á tomarlo por asalto.

Los españoles al ver cerca á sus contrarios, arrojaron sobre ellos una lluvia nutrida de metralla que dejó inmensos claros en sus filas; pero lejos de desmayar por este golpe, se lanzaron con mas ímpetu sobre el reducto, resueltos á vencer ó morir en la demanda.

Animados de un sentimiento patriótico que resaltó en aquellos momentos de una manera pronunciada, y conducidos por valientes y pundonorosos oficiales, los mexicanos avanzaron hasta los mismos fosos, que quedaron cubiertos de cadáveres, al recibir una segunda descarga de metralla y

fusilería disparada á quemar-ropa por los expedicionarios.

Para hacer mas imponente aquella terrible y sangrienta escena, la luna volvió á velarse entre las negras y gruesas nubes que enlutaban la tierra.

—No hay que desmayar, soldados: nuestros compañeros muertos, son el puente formado por el honor para apoderarnos del fortin.

Dijo á sus cazadores el valiente capitán Tamariz; y despreciando la lluvia de balas que diezmaba las filas, se lanzó, seguido de sus soldados, sobre los parapetos, resuelto á apoderarse del punto tan heroicamente defendido por los españoles.

Igual cosa hizo despues de arengar á sus granaderos el entendido capitán D. Manuel María Iturria, siguiéndole su compañía, con un valor que rayaba en los límites de la temeridad.

Pero la fortuna no correspondió á aquel denuedo que honra los nombres de los mexicanos que tuvieron la gloria de asistir á tan sangriento combate.

Al saltar el foso para luchar cuerpo á cuerpo con los que defendian el reducto, una bala atravesó las sienes del jóven Tamariz, sacándole ambos ojos y privándole á poco de la vida.

Otra bala atravesó la pierna derecha del capitán Iturria, que cayó herido cerca del parapeto español, donde aun luchando, recibió un bayonetazo en el hombro.

Entonces se vieron rasgos de valor personal de una y otra parte, que podrian servir de ejemplo á los ejércitos mas aguerridos.

Los granaderos, queriendo retirar á su capitán del sitio en que estaba tendido, hicieron esfuerzos inauditos por arrollar á los españoles, recibiendo en esta lucha generosa once mas la muerte, procurando salvarle.

El bravo coronel español D. Luis Vazquez, que se habia propuesto defender el fortin hasta que pereciera el último soldado, á pesar de haber recibido dos balazos en la clavícula del hombro izquierdo, continuaba animando á sus valientes, sin atender á la sangre que en abundancia manaba

de sus heridas. Parecia que el furor bélico de que estaba poseido, restañaba la sangre de las heridas de aquel hombre de hierro.

—Compañeros, un esfuerzo supremo, y adentro.

Gritó en aquel instante el jefe de la columna mexicana, Lemus.

Y á su vez Acosta, Gomez del Cid, Quintero, Sandí, Franco, Agüero, Gonzalez, Enrique, y cuantos el lector vió brindar en el convite, se lanzaron, seguidos de sus soldados, sobre los parapetos españoles: la luz de los cañones brilló entonces en las aspilleras del fortin: en seguida se oyó su terrible detonacion acompañada del ¡ay! de muchos asaltantes, y de repente solo se escuchó el ruido de las bayonetas y de las espadas que se chocaban.

Los mexicanos habian llegado hasta abrazar los cañones enemigos.

El foso estaba lleno de cadáveres, y la lucha se hizo ya cuerpo á cuerpo y al arma blanca.

El cadete Rafael Ramirez que era, sin disputa, uno de los jóvenes mas valientes

que componian aquella expedicion, agarrado á una estaca con la mano izquierda, y con la derecha empuñando la bayoneta, luchaba con un denuedo que rayaba en temeridad, hiriendo y matando á cuantos intentaban subir la disputada estacada.

Colocado sobre el parapeto en una actitud elegante y amenazadora á la vez; con el chacó á sus piés roto á sablazos; con el blondo cabello en agradable desórden, llena de sudor su frente, y sus manos de sangre; brillando en sus azules ojos la luz del patriotismo, del valor y de la inteligencia; dejando ver en su simpático rostro la belleza femenil y la serenidad del guerrero, parecia uno de esos héroes mitológicos cuya vida defendian los dioses del Olimpo.

Era el Héctor de la fábula defendiendo los muros de Troya.

Cuantos intentaban penetrar en el fortin por aquel punto, tantos encontraban su tumba al pié del parapeto.

De repente un oficial mexicano, cuyo nombre nunca he podido saber cuál fuere,

se lanzó sobre la misma estaca á que estaba afianzado Ramirez, y agarrado tambien de ella, comenzó entre los dos una de esas luchas terribles, llenas de interes, que suelen formar el bello episodio de los reñidos combates.

Animados con su ejemplo otros muchos, trataron de subir al parapeto defendido tenazmente por los expedicionarios, cuyo jefe, á pesar de sus dos heridas, arengaba á su tropa, y se hallaba siempre donde mayor era el peligro.

Ramirez, sin cuidarse mas que del oficial que parecia empeñado en vencerle, le tiró un bayonetazo que el otro se quitó con la espada. El cadete redobló sus golpes dando y recibiendo algunas heridas, sin que en ninguno de los dos flaqueara el valor ni la energia para seguir combatiendo: de repente salió una descarga de una de las columnas que avanzaban sobre el foso: Ramirez bamboleó sobre el muro; sintió su cuerpo atravesado en varias partes por las balas: su uniforme se cubrió de sangre; su rostro perdió el tinte que lo animaba, y sus azules

ojos el brillo que los hacia interesantes. Sin embargo, sus fuerzas y su valor no le abandonaron: antes por el contrario, su ardor bélico parecia crecer en aquel instante; y no pudiéndose vengar en los que habian hecho la descarga, se arrojó sobre el oficial que habia luchado con él brazo á brazo. Animados los dos del mismo deseo de terminar de una vez aquel combate personal, se acometieron á un tiempo sin darse lugar á parar el golpe que se dirijieron: la bayoneta de Ramirez quedó clavada en el pecho de su contrario, mientras la espada de éste atravesó el cuerpo del cadete. Un quejido, precursor de la muerte, salió del corazon de ambos, sus ojos se enviaron una lánguida mirada de admiracion y de sentimiento, sus rostros se cubrieron de una palidez mortal, y sus manos, perdiendo de repente sus fuerzas, soltaron la estaca á que habian estado asidos, y rodaron juntos al foso.

Don Andrés, que estaba dentro del fortin, pero siempre cerca de su sobrino, al verle caer, dejó escapar un grito espantoso, y quiso arrojarse tras él para salvarle.

Nuevas columnas que en aquel instante asaltaban el reducto se lo impidieron.

Los mexicanos llegaron, por segunda vez, hasta la boca de los cañones contrarios; pero una descarga de metralla barrió sus filas y cubrió el foso de mil y mil valientes.

Enrique, animando á sus soldados, saltó sobre el parapeto; pero toda su gente cayó destrozada por la artillería, y él se encontró solo en medio de sus enemigos.

Al verle, un soldado español iba á darle un bayonetazo; pero D. Andrés detuvo su golpe diciéndole, *no le mates*.

Enrique miró á su salvador, y al reconocerle, saltó dentro del fortin para abrazarle.

Entretanto el asalto seguia con el mismo ardor con que habia empezado.

Sin embargo, la lucha no podia prolongarse ya por mucho tiempo.

La mayor parte de la oficialidad mexicana, que allí se portó con un valor que honraria á los oficiales del primer ejército del mundo, habia sido víctima de su arrojo.

A excepcion de tres ó cuatro de los que

el lector vió en el convite poco antes de la accion, todos habian perecido.

El valiente coronel Acosta, Andrés, Gomez del Cid, Mendoza, Quintero, Andonáegui, Tamariz y otros muchos, cuyos nombres sienta no conocer, murieron, unos abrazados á los cañones, y otros subiendo á la estacada.

Entre los heridos, cuyo número fué considerable, figuraba D. Pedro Lemus, jefe que habia mandado la columna, Sandí, Franco, Iturria, Agüero y el coronel Gonzalez.

¿Qué otra cosa se puede exigir del ejército mas disciplinado y aguerrido, que luchar hasta morir?

Los mexicanos habian combatido con una constancia que excede á todo elogio. Mas de dos terceras partes de su fuerza habia sucumbido bajo el fuego enemigo, y sin embargo, todavía luchaba el resto con el mismo vigor y entusiasmo.

Los mexicanos habian dejado perfectamente puesto su honor: no solo se habia salvado en aquel reñido combate la honra

militar, sino que el ejército mexicano se colocó á la altura de los primeros. Habia luchado contra soldados que, como dice el general francés La Foix, son los mejores del mundo para defender un punto parapetado, ó una plaza.

Muchos al recordar la última guerra con los Estados-Unidos, apenas se atreven á creer en aquellos hechos de acendrado patriotismo y de marcado valor que enalteció el nombre mexicano; pero ese contraste que advierten entre una y otra época, es de fácil explicacion. Cuando desembarcó la expedicion de Barradas, acababan los mexicanos de conquistar su Independencia: la nacion, pues, estaba jóven y vigorosa; rica y llena de esperanza: habia fé política en los corazones, y ésta fé política que engendra el patriotismo, la abnegacion y todas las virtudes cívicas, era el móvil poderoso que hizo levantar al país entero cual si un solo individuo fuera, á combatir contra los que se presentaban á arrebatarle el bien supremo de libertad. Pero en los diez y seis años trascurridos de 1829 á 1845, en

que los norte-americanos invadieron aquel país, ¡cuánto había cambiado de faz! Una cadena no interrumpida de revoluciones, que sembrando en el pueblo la esperanza de una felicidad sin término, hacia recoger abundante cosecha de desengaños, acabó de matar su fé política: los constantes sacrificios hechos de sangre y de dinero para elevar á hombres que mentían sentimientos patrióticos que contrastaban con sus obras tan luego como subían al poder, fueron introduciendo la desconfianza en la nación que, cansada de verse burlada de continuo, llegó á dudar de todos los que hasta entonces había calificado de probos y honrados. Los principios de libertad, de esa justa libertad que es la sávia fecundante del entendimiento, y sin la cual mueren los pueblos como las plantas sin el sol: ese don precioso de la Divinidad, sin el cual no podría el hombre decir que estaba hecho á imágen y semejanza de Dios: esa rueda motriz de la inteligencia que da impulso á la agricultura, al comercio, á las ciencias, á las artes, á la industria y á las naciones lo mismo que á los

individuos; ese bien inapreciable que cada aspirante al poder preconizaba como un hecho que disfrutaria el país, y que cada gobierno, olvidándose de sus promesas anteriores, lo convertía en palabras sin sentido, en mentira, en tiranía, en intolerancia y despotismo, acabó de introducir en las clases trabajadoras y honradas de la sociedad, ese desaliento en que cae el enfermo cuando no encuentra remedio á sus dolencias, cuando ve que todos los encargados de curarlas, lejos de disminuir sus males, los aumentan.

No tenia, pues, el pueblo cuando la invasión norte-americana, ni fé en el gobierno, ni confianza en los jefes que había elegido, ni esperanza en el porvenir; y sin embargo del triste estado á que los malos gobernantes habían conducido al país, México hizo sacrificios que otra nación, en su estado, tal vez no los hubiera hecho; y en la Angostura, en Molino del Rey, en Churubusco y en las calles de la capital, manifestó con rasgos de valor que yo presencié, pues me hallaba entonces allí, que bajo un gobierno

justo y paternal, ninguno de sus vecinos invasores hubiera salido de la República.

Perdónese me esta digresion, en obsequio del buen nombre de los hijos de aquel hermoso suelo, y continuemos la relacion de los acontecimientos que dejamos interrumpidos.

Hemos dicho que á pesar de haber perdido los mexicanos en el terrible combate de la Barra, cerca de dos terceras partes de su fuerza, luchaban todavía con un valor que admiraban sus mismos contrarios.

Pero todo era ya inútil. Muertos ó heridos los principales jefes; retirado del campo de batalla el caudillo que los mandaba, por estar herido de una pierna, sembrados los fosos y el campo de intrépidos soldados, prolongar la lid hubiera sido poco menos que un crimen.

Conociendo esto el oficial que habia sucedido en el mando á Lemus, dispuso la retirada, ordenó su gente y volvió con los restos de la columna al Paso de Doña Cecilia, donde se encontraba el general Terán. Este entendido jefe, que habia previsto aquella

desgracia, y que antes de dar el asalto habia procurado disuadir á Santa-Anna de su intento, diciéndole: "compañero, los ataques de noche tienen graves inconvenientes; durante la oscuridad, podremos situar piezas de artillería que paralelas rompan sus fuegos sobre el fortin, cuya débil estacada vendrá pronto al suelo, y nuestras tropas podrán mañana apoderarse del punto, sin sufrir mas que insignificantes pérdidas;" este entendido jefe, repito, hizo que se atendieran á los sufridos soldados, como eran acreedores por su brillante comportamiento.

Santa-Anna comprendió, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido, sacrificando la vida de tantos valientes sin necesidad ninguna.

Terminado el combate, D. Andrés saltó al foso en busca de su sobrino, seguido de Enrique y del cadete con quien habia tenido el desafio.

—;Ramirez! ;Ramirez!....

Exclamó el anciano estrechándole entre sus brazos con el cariño de un padre que va á perder al hijo de sus entrañas.

El jóven abrió con dificultad los ojos, los fijó un instante en el hombre que le hablaba, le envió una mirada de gratitud, y estrechándole la mano, le contestó:

—¡Ah!.... ¡gracias á Dios que veo á vd. antes de morir!....

Los ojos de D. Andrés se llenaron de lágrimas.

—¡Morir!.... ¡tú morir, hijo mio!....

Y el anciano no pudo continuar.

—Sí;—respondió Ramirez, con voz sepulcral:—¡mi vida solo durará algunos instantes!... Yo que hace un momento soñaba en triunfos y grados, ahora solo tengo un pensamiento.... ¡mi madre!... ¡pobre madre mia!.... ella, ella solo ocupa en este momento mi corazon y mi memoria!.... No la diga vd., querido tio, que he muerto, porque la pobre moriria de pesar!.... ¡y yo no quiero que muera por mi causal!.... ¡La adoro tanto!....

—Tal vez no sean graves tus heridas:—respondió D. Andrés.—Contenida tu sangre que aun te queda, acaso vuelvas á recobrar

tus fuerzas y á ser el consuelo de esa amorosa mujer que te dió la vida.

Y el anciano suplicó á Enrique, le ayudase á llevar á su sobrino al fortin.

—No, ¡no hay que moverme, por piedad...!—exclamó Ramirez:—mis heridas son graves y conozco que nada puede ya salvarme. ¡Dejadme, pues, morir, sin hacerme padecer!.... Y tú, amigo mio—continuó dirigiéndose al cadete con quien habia tenido el duelo—perdóname si pude ofenderte ésta tarde!.... te suplico que no me guardes rencor en estos sublimes instantes, y que me permitas que te dé al morir el nombre de amigo que siempre te dí en vida.

—Sí, Ramirez:—contestó el otro cadete cogiéndole la mano—soy tu amigo, y tu amigo verdadero.

—¡Gracias!.... ¡gracias!....!

Y Rafael estrechó con su débil y fria palma, la vigorosa de su compañero de armas.

—¡Ah!.... ¡Dios mio!....—exclamó D. Andrés con el acento del mas profundo dolor.—¡Será posible que esté condenado á

ver desaparecer de mi lado á todos los que forman mi familia!....

—¡Tio!....—dijo Ramirez con débil y trabajosa voz, fijando sus moribundos ojos en el anciano:—vd. aún tiene objetos caros sobre la tierra.... Dios sabe lo que á cada cual le conviene.... no hay mas que conformarse con su voluntad.

—¡Objetos caros sobre la tierra!....

Pronunció el anciano con acento de duda y de dolor.

—Sí. ¡Pilar!....

Contestó Ramirez mas bien con el alienato que con palabras.

Don Andrés pareció al escuchar aquel nombre, despertar de un largo sueño: su rostro se animó de repente, y olvidándose aun del triste estado en que se encontraba su sobrino, le preguntó con la mas pronunciada avidez.

—Dime, ¿era por ventura ella la mujer con quien te encontraste en Altamira?....

Ah!.... respóndeme la verdad por la vida de tu madre!....

—No; no era Pilar....

—¿No?.... ¡Pues quién era, que aun no me has querido decir su nombre?

—Matilde.... una actriz que....

Y Ramirez no pudo continuar. La sangre que sin cesar habia salido toda la noche de once heridas que contaba en su cuerpo, habia agotado sus fuerzas. Conoció que el último instante de su vida habia llegado: fijó en su tio sus azules ojos velados en aquel momento por las sombras de la muerte: abrió con trabajo sus secos y blancos labios; y pronunciando estas palabras ¡madre mia!... ¡pobre madre mia!... dejó de existir cuando apenas entraba en el umbral de la vida.

Así terminó la carrera de aquel intrépido cadete, cuyos hechos, ocultos hasta ahora en el diario manuscrito de uno de los oficiales expedicionarios, he procurado narrar sencillamente. ¡Ojolá que mi frágil pluma haya conseguido sacar del olvido su nombre, para que otra mejor cortada le haga vivir en la historia como merecen todos aquellos que por medio de sus virtudes patrióticas, se elevan sobre la esfera comun de los hombres.

Si este personaje hubiera sido creacion de mi fantasia, un ente novelesco y ficticio, yo le hubiera destinado un lugar menos sangriento en las escenas de mi libro; pero fiel narrador de los hechos históricos, he respetado los fueros de la verdad, y he referido lo que realmente pasó.

Don Andrés permaneció por algunos instantes abrumado con el peso del dolor, mudo y sin exhalar un gemido, junto al yerto cuerpo de su sobrino.

Pero aquel silencio, aquella falta de lágrimas que se advertia en sus ojos, y que cualquiera hubiera atribuido á fortaleza de espíritu, no era mas que el postramiento que sigue á una desgracia grande y repentina: el golpe eléctrico que apenas nos da tiempo para pensar en lo que ha pasado.

Era que tantas penas acumuladas en breve tiempo sobre aquel amoroso corazon, habian consumido su energía, haciendo que permaneciera insensible el rostro, cuando el alma escondia en el fondo la pena desgarradora, como bajo el trasparente y sereno

hielo que cubre la superficie de un rio helado, corren bramando las inquietas ondas.

D. Andrés hubiera permanecido en aquella actitud largas horas, si Enrique no hubiera tratado de sacarle de su doloroso éxtasis.

—Amigo mio—le dijo—permanecer por mas tiempo así podria perjudicarle á vd. mucho; es preciso hacernos superior á las desgracias, y no dejarnos abatir por ellas.

—¡Ay, D. Enrique!—exclamó el anciano con el acento de la mas profunda tristeza—la desgracia es un castigo del cielo, y hacerse indiferente á ese castigo, seria manifestarse el hombre criminal. ¡Está visto que estoy condenado á presenciar la muerte de todos los objetos que amo!.... ¿Por qué llegué á conocerle, si le habia de perder tan pronto?....

Y D. Andrés se quedó contemplando las facciones de Ramirez, que tanta semejanza tenian para él, con las de su adorada Pilar.

—Es preciso que le saquemos de aquí, y le demos digna sepultura.

Volvió á decir Enrique.

—Sí, tiene vd. razon:—respondió D. Andrés—así podré visitar su sepulcro, y elevar junto á sus cenizas una súplica por su alma.

—Pues conduzcámosle al instante dentro del fortin.

Y Enrique, auxiliado del cadete que debió batirse, cogieron el cuerpo de Ramirez y penetraron á los pocos instantes en el reducto, seguidos del infortunado D. Andrés.

CAPITULO XXIV.

Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre.

Barradas, que habia escuchado toda la noche el nutrido fuego del fortin de la Barra, sin poder enviarle socorro ninguno por hallarse los mexicanos interpuestos, como he dicho en otro capítulo, en el camino de Tampico á la Barra, en el sitio llamado Doña Cecilia, elevó el dia 11 bandera de parlamento para continuar las negociaciones interrumpidas, y evitar así nuevo deramamiento de sangre, que en nada podia mejorar su crítica posicion.

Falto de todo auxilio y recursos, abandonado del capitan general de la Isla de Cuba, Vives, que desde un principio habia